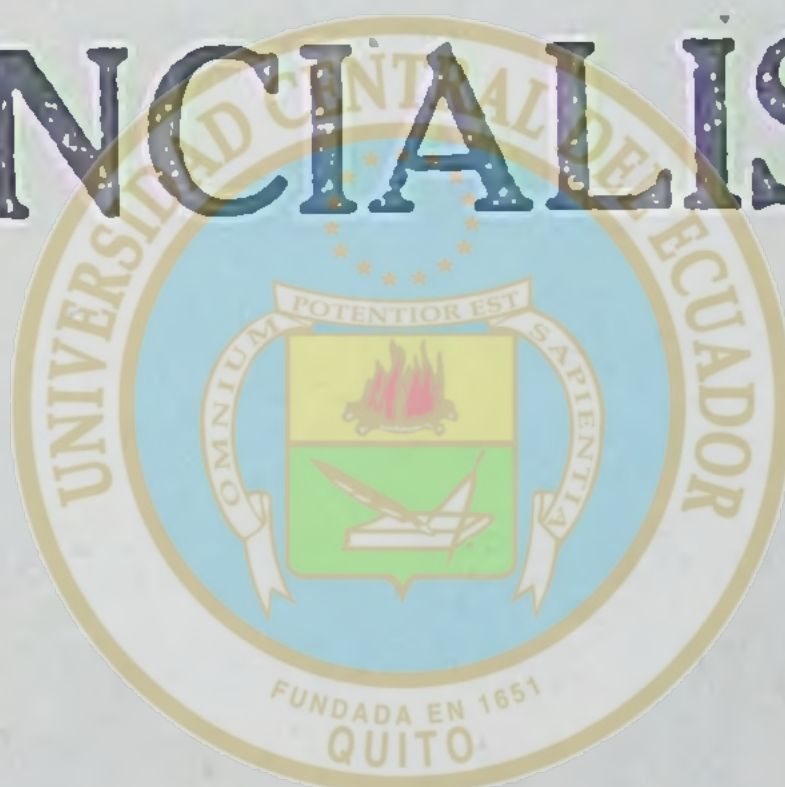


X JUAN DAVID GARCIA BACCA

X EXISTENCIALISMO



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

EXISTENCIALISMO

Cuando a una palabra le acontece ese, al parecer insignificante, fenómeno lingüístico, de salirle un **ismo** en la terminación, algo muy grave está pasando a su significado y a veces a la humanidad, que, recordémoslo, se define por **animal que habla**, frente a los que balan, braman, maullan o rugen...

Idea, materia, sujeto, forma, libertad, sociedad... cosas buenas son, y suenan bien y discretamente; pero, al sobrevenirles en el siglo pasado esa apendicitis del **ismo**, se nos trocaron en idealismo, materialismo, subjetivismo, formalismo, liberalismo, socialismo... todo ello o sospechoso o desorbitado, o vacuo, o indeseable.

Y es que la terminación **ismo** parece contracción de la **issimus** latina, que designa el superlativo. Y lo superlativo no coincide sin más con lo perfecto.

Pues bien: durante muchos y luengos siglos la humanidad empleó discretamente la palabra **existencia**. En nuestros días le ha salido esa cola, que va a traer cola, de un **ismo**: de una exageración y superlativización: **existencialismo**. ¿Por qué tal fenómeno? ¿Es una erupción o un normal desarrollo?

Ese **ismo**, o **ísimo** que a existencia y a existir les ha nacido, ¿qué valoración merecerá?

Reduzcamos las preguntas a dos: 1) ¿Por qué el **ismo** o **ísimo** le ha salido precisamente a existencia? 2) ¿Qué significa y delata la cura o cultivo que, según los casos, aplican los filósofos modernos a existencia, para **curarla** del existencialismo, o, por el contrario, para **cultivar** en ella su estado existencial?

De existencia a existencialismo.

Cuando se hunde una nave o durante un terremoto, todos: de capitán a lavaplatos, de Presidente o Papa a barrendero y mendigo no aspiramos a otra categoría sino a la superviviente.

El mundo político, económico social, religioso, mental y aun físico, en que nos han echado a vivir o a existir, nada tiene de seguro y tranquilo. Si en un momento de sinceridad advertimos la actitud con que nos aferramos a las riquezas, dogmas, opiniones, sistemas y vida misma real, veremos que nuestro gesto es de náufragos: de **sálvese quien pueda**, en desbandada, egoísmo, desenfreno. Nadie vive, viaja, habita ya en sus ideas, en las formas de vida social, económica, política, religiosa como en nave segura y casa firme.

Las religiones, en nuestros días, se agarran a sus dogmas como a **tabla de salvación**; los políticos, a sus consignas, como a **boyas flotantes**; los filósofos a sus ideas, cual a **salvavidas**: Todos, en trance y con gesticulaciones de náufragos. Y ¿a qué tendremos que asirnos desesperadamente cuando algún aprendiz de brujo en materia de átomo nos desate tal tempestad de reacciones en cadena que nos vayamos todos al diablo, de la noche a la mañana?

No cabe duda: la forma de sociedad más necesaria y jugosa en nuestros días es la de Seguros para náufragos del existir.

Supervivientes, no vivientes tranquila, sencilla, naturalmente. Superexistentes, no existentes llana, pacífica, seguramente. Existencialismo, no existencia.

En otras épocas, dice Heidegger, "**el ser es**", fórmula que nos viene del viejo y tranquilo Parménides, y que por su indisimulable vulgaridad se llama principio de identidad. En la nuestra, "**al ser le va su ser**", ser es ser en trance de muerte, de no ser. **Agonía**, no sólo del cristianismo —famoso título de una obra del primer y tal vez único existencialista español, Unamuno—, sino **agonía del ser**. Lucha, a vida y muerte, por ser, por existir, por sobrevivir, por sobreexistir.

No siempre nos queremos confesar este terremoto básico y continuo que corre —trepidante, amenazador, ininterrumpido—, por todo nuestro ser, por nuestra moral y hasta por nuestra economía. Y es preciso que ciertos **sismógra-**

fos —filósofos o literatos, predicadores o agoreros—, nos hagan tomar conciencia expresa y desagradable de lo que implícita y subconscientemente tenemos olvidado, queremos tener olvidado de puro sabido y temido. Antes se confesaban algunas gentes a un sacerdote, con derecho a secreto sacramental, absoluto; y la revelación de tal secreto constituyó durante mucho tiempo el tipo supremo de deslealtad. Ahora nos confiesan y delatan, nos sacan a la luz pública y vergüenza oficial, Sartre, Camus, Heidegger, Jaspers, Marcel; —y tal falta y quebranto del "sigilo", del secreto susurrado y apenas oíble—, nos trae sulfurados, escandalizados y ofendidos.

Claro que junto a la **sismografía** ontológica, severa y aséptica de un Heidegger o de un Jaspers, de Marcel o de Gilson, largas páginas y obras andan por ahí de Sartre y otros que no pasan de **chismografía**, adjetivadas de fenomenología ontológica. El sentido del ser del masoquismo, fenomenología existencial del sadismo, el ser del amor, la esencia de la mirada (indiscreta) . . . De todo ello, inclusive de lo mucho que el lector quiera poner en los puntos suspensivos, se trataba antes en obras de muchos volúmenes, en cuarto mayor y con centenares de páginas. Y resulta Sartre un pipiolo en lo que acerca de los asuntos más escabrosos nos pueda decir frente a las cuatro cuestiones y 40 páginas en folio que dedica Santo Tomás en la **Suma teológica** a los pecados contra el sexto mandamiento; a las 37 en folio y a dos columnas, de Diana, en sus "Resolutiones morales", tomo I, edic. 1680. Pero en éstos y otros castísimos varones, tales cuestiones tomaban forma aséptica, de presentación silogística, teológica y moral; y en latín. Y servían para libertarnos del pecado, confesándonos a Dios Padre Todopoderoso; lo que se hacía de oreja a oreja, de palabra, que es cosa que el viento se lleva.

Ya Freud dió el mal ejemplo de confesarnos en público, y sacar a relucir en lenguaje exotérico y profano una partecita de lo antes decible solamente en sagrado y esotéricamente.

Y Sartre, al inventar el método de psicoanálisis existencial, nos echará en cara hasta nuestro íntimo y privado programa de existencia, nuestro **plan de ser**. Así se lo ha sacado ya a Baudelaire y a Dostoyewski. Leyendo a tales existencialistas, nos avergonzamos ante nosotros mismos y de nosotros mismos, de nuestro ser y de ser, sin posibilidad

de arrepentimiento y perdón. Solos a solas y a cuentas con nuestra realidad miserable, con el pecado original del existir, más grave y hondo que el de Adán. No nos queda más reacción que la torerísima ante una mala suerte: la de **mantenerla y no enmendarla**, que enmendarla es peor.

¿Cura o cultivo de la existencia?

Las postrimerías del hombre, decían en mis tiempos de infancia los Catecismos, —y deben continuar diciéndolo, por conservadores—, son cuatro: **Muerte, Juicio, Infierno y Gloria**. Postrimerías, es decir, lo último que al último le pasa al hombre: lo que nos sucede al naufragar nuestro ser, la existencia.

Las postrimerías clásicas pertenecían al dominio de la Teología: la muerte nos venía de las manos de Dios, El nos juzgaba y sentenciaba a Gloria o a Infierno, sin apelación. La filosofía clásica no disputó a la teología el derecho a tales temas, tremebundos, personalísimos, decisivos. El laicismo que comenzó por secularizar posesiones materiales, y siguió haciéndolo con instituciones, como el matrimonio, ha terminado por otverse con las postrimerías Muerte, Juicio, Infierno y Gloria, temas peculiares y distintivos ya de la filosofía existencialista.

Por de pronto, secularización de la **Muerte**; y nos dirá Heidegger, en 32 páginas de **Ser y Tiempo**, que es la posibilidad más propia, radical y original del hombre, la única y mejor oportunidad para ser cada uno lo que es, a solas de todos, de todo y del todo. Mas Sartre replicará, que no hay para tanto; que lo más grave es el **Juicio**, la mala conciencia, compañera inseparable de toda conciencia y fe. Heidegger había dicho antes que conciencia y conciencia de deuda y culpa son uno y lo mismo; y Kierkegaard, el teólogo danés del siglo pasado, quien hizo de las postrimerías teológicas y de toda la teología temas focales y decisivos de y para la filosofía, no se cansará de decirnos que la conciencia llega a ser tal por la angustia ante el pecado, la salvación, la soledad y abandono del hombre. Trocar el **Infierno** en acto y tema filosófico teatral es, por ahora, monopolio de Sartre: Huit Clos: Cuatro paredes y monotonía, aburrimiento, presencia, pronto insoportable, de lo Mismo, de los Mismos y de uno mismo ante sí mismo. Identidad, identidad, identidad.

El bueno del Dante, en su delicioso y simplista turismo de la **Divina Comedia**, supo presentarnos un Cielo y una Gloria modestamente alicientes. La postrimería **Gloria** no ha entrado aún en la filosofía existencialista moderna, a pesar de la herencia teológica de Kierkegaard, y de los préstamos interesados que le hacen a porfía los existencialistas cristianos, Marcel, Gilson, Troisfontaines, Berdiajeff, Chestov...

Ser y Tiempo (Seind und Zeit) —Heidegger, 1927.

Ser y Tener (Etre et Avoir) —Marcel, 1935.

Ser y Nada (L'Etre et le Néant) —Sartre, 1943.

Ser y Esencia (L'Etre et L'Essence) —Gilson, 1948.

¿Qué obsesión le ha entrado al existencialismo —cristiano, ateo, neutro— por el **Ser? To be or not to be, that is the question**. La cuestión que trae de cabeza al existencialismo no es la hamletiana de ser o no ser, sino la de "ser" y "no ser"; "Ser" y "ser otra cosa".

"Ser y Tiempo": malos de atar, pues, si el Tiempo puede con el ser, seremos caducos, contingentes, seres-en-trance-de-muerte, históricos, bien pronto pasados y "pasas" de ser. (¿Y no lo somos?, ¿o no temblamos por tener que serlo?)

"Ser y Nada": esta conjunción es la peor que puede presidir a nuestro ser en astrología metafísica. Porque, de creer al horóscopo sartriano, el ser de la conciencia —y ¿para qué queríamos ser, si no tuviésemos conciencia de lo que somos?— es descompresión, dilución, ahuecamiento, pompa de Ser, cuyo estado propio es, de suyo, el de macizo, compacto, idéntico. La nada, en sus formas de negación, mala fe, duda, duplicidad, posibilidad... tiene transido, empapado, rezumante de Nada nuestro Ser.

"Ser y Nada": esta conjunción es la peor que temas y títulos, de los existencialistas cristianos. Sólo que el Ser englute y absorbe tranquilamente y en definitiva el **haber** y la **esencia**. Nuestro **haber** de vida, no se recelará de decirnos Marcel, no es haber o posesión nuestra; es don del Ser, de Dios. "En Dios, nos movemos, vivimos, y somos", nos advirtió ya San Pablo; y, si el grano de sal se disuelve en el Mar, ¿cuánto más no se desharán **nuestro** ser, **nuestra** vida y **nuestro** movimiento en esotro Mar que es el Ser? Marcel no se muerde la lengua: "**Revivir en nuestro tiempo, por gracia de**

una fidelidad perfecta a los maestros de la vida interior, la mística especulativa, cuyo secreto parecía perdido ya para siempre". (Existentialisme chrétien, 1947, p. 8).

Cuentan en mi tierra de Aragón que, viajando por mar un baturrico, bien mareados todos, menos él, y devolviendo todos, menos él, al mar lo que en el mar es del mar, uno de los mareados solventes le increpó: Y Ud. **¿por qué** no se marea? A lo que respondió mi conterráneo con sorna: ¿Yo?, ¿para qué?. Razones **por qué** marearse, las había de sobras; lo que a todos faltaban eran motivos; no había, realmente **para qué** marearse.

En nuestro tiempo, y con el ser que nos gastamos los hombres, las pobres creaturas, hay razones y **por qué**s más que suficientes, sobrados y sobrantes, para ser existencialistas. Pero andamos por el mundo —físico, biológico, moral, político, social, económico...—, unos cuantos que no vemos **para qué** haya que ser existencialistas. No hay **para qué** marearse, y entrarle a uno náuseas (Nausée, Sartre), angustia (Angst, Heidegger), **ahogos de naufrago** (Sheitern, Jaspers), **temple de soledad y abandono de expósito**, frente a Dios y al destino (Einsamkeit, Kierkegaard), **recogerse y comprometerse** en y con el misterio (Recueillement, engagement, Marcel), **sentimiento trágico** de la Vida (Unamuno). No hay **para qué**; aunque, pudiera ser, que hubiera muchos y potentes **porqués**.

Si nos preguntaren, pues, indiscretamente: **¿por qué** no es Ud. existencialista?; respondamos con el baturro del cuento: "¿Para qué?".